

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 13 de Octubre de 1898



*Stebbing.*

¿Ven ustedes este gato?  
pues aun no he conseguido,

que sea tan manso Pepe,  
¡y eso que el gato es felino!



## ¿Triunfamos las mujeres?

Las mujeres nos abrimos paso.

Dígolo con fruición, con alborozo, no por egoísmo de sexo, ni porque desee la anulación del contrario (libreme por siempre Dios de tan pecaminosa torpeza) sino porque supone nuestro triunfo en los altos círculos intelectuales la victoria de la humanidad.

¡A ver! No sonrían ustedes con gesto de burla.

¿Por qué vamos á la zaga de otras naciones en las altas manifestaciones de la cultura?

Porque los caballeros nos creen flojas de entendimiento, de alma inferior, ineptas para escalar las más elevadas cumbres del saber.

Eduquen á las doncellas, preparen una generación de madres inteligentísimas, libres de todas las preocupaciones rancias y ya se verá si tenemos á la vuelta de algunos años un cambio radicalísimo en la fisonomía moral del país.

Digan ustedes lo que gusten, la mujer que sabe no se convierte en bachillera, y aun cuando así ocurra en algunos casos, creo que vale la pena de exponerse á este peligro en gracia á que se lograría imprimir poderoso impulso al progreso.

¿Después de todo, qué? ¿No hay muchos hombres que nos dan cruz y raya en lo de ser bachilleres por la parte que quema, es decir, por su pedantería?

\*  
\* \*  
\*

Que las mujeres asistan á las aulas, que estudien, ya es cosa casi vieja, aunque no común.

Lo que tiene su importancia, y no relativa, es que un público, en líneas generales docto, aplauda calurosamente cuando, como ha ocurrido en

la Universidad central, se presentan las señoritas estudiosas á recibir sus premios de honor.

Eso supone que existe ya un movimiento simpático en la opinión, y que como ha pregonado acertadamente el director de este periódico están al caer los tiempos del intelectualismo.

¡Pero qué intelectualismo!

El intelectualismo sano, extenso, profundo, (porque no se limita sólo á ser ciencia y resumen de conocimientos, sino que entra de llano en lo moral) ha de salvarnos, ha de redimirnos de la grave culpa de ignorancia.

El aplauso á que me refiero indica claramente que están preparadas las conciencias, y que todo cuanto se trabaje en este sentido será fructuoso.

Tanto, que lo que no hemos adelantado en siglos, lo adelantaremos en simples cuartos de siglo.

No habrá necesidad de llegar á las postrimerías del xx para haber librado la gran batalla.

Va á sonar la hora en que se proclame que la inteligencia no tiene sexo.

¡Obreros á trabajar con fe!

MARIANA SANTURCE



— Estás admirable; vas á tener muchos adoradores...  
— Sí, querida, pero improductivos.

## Pepa

¡Tus ojos negros!

Al principio la veía sin recelo; no la amaba, ¡quizás porque yo era demasiado joven! pero el caso es que la veía. Después tuve dieciocho años y ella diecisiete. Entonces comenzó á confiarme sus disgustos y zozobras, y yo le hablé de mis sueños y esperanzas; la visitaba todos los días y

nuestro trato intimó de tal manera, que no se hubiera dicho sinó que éramos dos amantes.

Habitábamos los dos en un pueblo de la marina: el pueblo era alegre, porque tenía un campo lleno de vides y almendros; pero nuestros corazones estaban más alegres aún.

Una noche retirábame yo á descansar, triste, aburrido, hastiado. Delante de su casa me detuve: Pepa estaba en la puerta esperándome.

— Buenas noches, ingrato — me dijo.

— ¡Cómo! — le contesté. — ¡Aun velas!

— Y por cierto que ya empezaba á aburrirme. Hace más de una hora que todo el mundo duerme.

— Pepa — añadí — ¿sabes que está la noche hermosa?

— ¿Y qué tenemos con eso?

— ¿Qué tenemos? Un capricho. Se me ha apoderado tal desaliento, que temoirme á la cama porque no voy á poder dormir. ¿Quieres acompañarme?

— ¡Estás loco! ¿Dónde iremos á estas horas?

— A la playa.

— ¡Hombre! No deja de ser extravagante la idea, pero me seduce; aguárdate...

Y Pepa desapareció y volvió en breve con una toquita azul en la cabeza y un pañolón negro sobre la espalda.

El pueblo estaba dormido y silencioso: en nuestra excursión no tropezamos con alma viviente; pero aunque tal hubiera acontecido, nadie habría extrañado el encuentro ni puesto en tela de juicio el pudor de Pepa. Esta era así, original, rara, caprichosa; ya lo sabía todo el mundo: pero su virtud no andaba en lenguas sinó para admiración de la gente. Al día siguiente se habría comentado en el pueblo, no como una ligereza, sinó como una excentricidad bien propia de nuestro carácter incomprensible. Nosotros les teníamos acostumbrados á semejantes aventuras. Además, era indudable para aquellos honrados vecinos que ello había de ser: Pepa no iba á decidirse nunca á pertenecer á otro hombre...

Pepa se apoyó en mi brazo y anduvimos silenciosos hasta la orilla del mar.

Inspirado por el solemne silencio de la noche, improvisé una dulce imprecación, un himno entusiasta á la vida, á la juventud y al amor. Pepa se reía y golpeaba blanda mente mis hombros.

— Bien, hombre, bien — decía. — Gracias á Dios que dices algo y no nos parecemos á dos sombras, errantes y vagabundas.

Yo continuaba hablando y le hablaba del cielo: de las



Stebbing.

Pléyades, que se veían en el Sur; del Gigante Orión, que se elevaba majestuosamente al sudoeste; del Cisne subido en el ocaso sobre el horizonte, mientras que el Aguila desaparecía de su límite y Vega alumbraba débilmente al noroeste; de las siete estrellas de la Osa, deslizándose al norte (1) con lentitud, sin ocultarse, y de la Vía láctea, que divide la amplitud del firmamento.

—Bien, hombre, bien — continuaba Pepa. — Maldito lo que entiendo de tu jerga, pero me gusta.

—Pepa — añadió — desatemos ese esquife, el mar nos convida con su calma, la noche con su belleza, ¿quieres?

Pepa saltó al bote riendo y fué á sentarse, apoyando la cabeza en mis hombros.

—¿Sabes, Pepa — le dije — que toda la hermosura de la noche se refleja en tu semblante?

—Lo que tú sientes — añadió con gravedad — es la embriaguez de la naturaleza.

—O del amor.

La joven se echó á reír nerviosamente.

—Ello es — prosiguió — que has tenido una idea peregrina: te juro que todo es romántico, pero bueno para una sola vez: el romanticismo está mejor en los versos y en las novelas.

El reloj de la torre daba la una cuando regresábamos. Yo me dormí repitiendo los versos de Musset: «dans Venise la rouge...» aunque creo que fué en la estrofa que dice:

« Comptons plutôt, ma belle,  
» sur ta bouche rebelle  
» tant de baisers donnés...  
» ou pardonnés.»

Y cuenta que ni un solo beso se había adormecido al calor de nuestros labios; pero ¡vaya usted á pedir que no sueñe con besos un joven que siente en su boca la miel de la vida!

Al otro día, hablando con Pepa de la escena anterior, á cuyo recuerdo ella reía, reía como una loca, pretendí enamorarla con la formalidad de un hombre, y aun creo que deslicé alguna idea demasiado dulce en sus oídos, á lo cual me replicó sin dejar de reírse:

—Estás verdaderamente enfadoso: yo no sé si te quiero, pero hasta ahora me parece que no eres para mí más que un hermano; eso sí: un hermano más íntimo que los que solemos tener por esos mundos...

Y se alejó canturreando.

## II

Algunos días después salí del pueblo y estuve ausente durante tres años. Al principio sostuvimos una correspondencia animada, que muchas veces se convertía en disputa. No puedo resistir la tentación de copiar el siguiente sabroso párrafo:

« No sé donde ha ido á parar tu gigante Orión, » puesto que no te tengo aquí para que me lo expliques: es lástima, porque me agradaría saber

(1) Era en el mes de Enero.

» si el Cisne está ó no está subido aún sobre el » horizonte... aunque no eras tú mal cisne cuando » me recitabas tus lindos versos: cree que si no » tuviera á mi madre postrada iría á esa capital, » que dices tú es tan grande como mis ojos, aun- » que no tan hermosa, para obligarte á componer » una balada á tu Pepa, grandísimo bribón... ¿y es

» verdad que no vas á venir en » mucho tiempo? Desde que tú te » fuiste no me he reído dos ve- » ces, ¿sabes?»

Y este otro:

« Por ahí dicen que tengo el » novio en Valencia; di: ¿eres tú » ese novio? Pues mira, ya me he » vuelto á reír.»

Los amigos, los estudios, las diversiones y cierto amorío vulgar y necio, me alejaron insensiblemente de aquella alma hermosa. ¡Cuántas veces lo he llorado!... ¡Oh, Pepa! Si desde el obscuro rincón donde moras me lees, sabe que no tendría el corazón tan seco, y tan sombría la mente, y la vida tan sola... ¡tan sola!

## III

A los tres años, día por día, volví al pueblo. En el viaje iba pensando... pensando en Pepa: «¡Oh, cómo se alegrará de verme! A buen seguro que la decido á repetir nuestro nocturno paseo al mar, y lo que es ahora... ahora...» ¡Ay! Cuando llegué, la primer noticia que me dió un amigo oficioso es que Pepa se había casado.

En muchos días no la vi, aunque no lo intenté tampoco. Una tarde me entregaron carta suya y dábale vueltas en la mano, sin atreverme á abrirla, temeroso de que el pliego revelase...

¿Qué había de revelar? Helo aquí:

« Hermano mío: Algún infame » ha despertado una duda en mi » esposo. Ayer me preguntó si te » amaba: yo, que no miento nunca, le entregué todas tus cartas. Es posible que su obcecación le lleve á pedirte cuenta de » un agravio que no existe ¿verdad que no existe? sinó en su » loca fantasía. Procura no hacer » más infeliz á tu desventurada

» PEPA.»

Poco después de la carta llegó el hombre.

Procuré apaciguarle, recordando la súplica de Pepa; le dije que nuestra amistad había sido digna y respetuosa.

—Es usted un hipócrita — interrumpió. — El agravio no ha sido posterior sinó anterior á mi enlace; pero es lo mismo. ¿Cree usted que ignoro sus paseos solitarios, sus misteriosas excursiones? Es usted un miserable.

Y acompañando al insulto la acción, trató de abofetearme y de escupirme; no pude evitar que su mano rozara ligeramente mi rostro, aunque detuve su brazo, y concertóse el duelo, sin testigos, para lo cual saldríamos por la noche en una lancha.

Y en efecto, á las ocho nos volvíamos á ver. Ambos llevábamos un escrito para la autoridad rogando que no se persiguiera á nadie por nuestra muerte.



— ¡Me parece á mí...!

—¡Oh, Pepa! — murmuré. — ¡Es lo único que puedo hacer por ti!

A media milla de la población nos detuvimos, atracamos el bote y saltamos á tierra.

—Traigo — dijo mi adversario — pistolas y dagas; elija usted; pero la pistola mete ruido y la daga...

—Es muda como la noche que nos rodea — añadió, completando el pensamiento.

—Supongo — añadió él — que hay un motivo que justifique su pretensión de que el muerto aparezca como suicida... creo adivinarlo y lo respeto.

—No hay más motivo sinó es el deseo de evitar contrariedades al vencedor. Ahora bien; suplico á usted que respete á Pepa si yo sucumbo. Pepa es honrada.

Dicho esto nos pusimos en guardia. Ni él sabía jugar á la daga ni yo tampoco: de lo cual resultó un extraño combate. Sin embargo, yo estaba más sereno que él y más ágil en los brincos. Pero la lucha, ¡cuán breve fué. En una de las acometidas hundí la daga en su pecho, al mismo tiempo que la suya pasaba rasguñando uno de mis hombros.

#### IV

Mi adversario no murió y en el pueblo pasó fácilmente la novela del suicidio. Todo el mundo creía á pies justillas que el irritado esposo, al descubrir nuestros antiguos amores, no encontró solución más fácil á su agravio que atentar contra su existencia.

La misma noche del lance, cuando todo dormía en el pueblo y después de haberme convencido de

que persona humana no se descubría en el arroyo, salí de mi casa y llamé en la de Pepa. Pepa velaba nerniosa, impaciente, sintiendo la pesadumbre de las horas.

—No está más que herido: se ha obstinado, me injurió... — dije al entrar. — He venido porque ésta será nuestra última entrevista.

—Sí, sí — dijo sin mirarme.

Aquel sí me penetró en el alma.

—¿Por qué te has casado? — pregunté con acento doloroso.

—Será nuestra última entrevista ¿no es esto?

—Sí.

—Pues oye: yo te amaba locamente... como se ama en las novelas; un día supe que tenías una novia... una novia ¿comprendes? — dijo sacudiéndome nerviosamente el brazo. — No sé si lo que sentí eran celos; pero los ojos me escocían, como me escocía el corazón, de rabia.

—¡Oh! No quiero saber más: te casaste...

—Por despecho.

Callamos; después de algunos instantes prosiguió:

—El que hoy es mi marido me solicitaba: mi madre me rogó que atendiera un partido para mí tan ventajoso... Acaso ella moriría en breve, y al fin...

—Adiós, Pepa.

—¿Te vas? Así... sin decirme...

—Que te amaba, que te amo... ¿no lo ves? ¡Triste de mí! Te he hecho desventurada y desventurado seré yo toda mi vida. Adiós, en breve me alejaré, quizás para siempre, de esta población, llevándome como única dicha la pena de no poder mirarme en tus ojos...

—Mis ojos, ¡ay!

—¡Tus ojos negros!

Y salí de aquella casa, loco de dolor, repitiendo como un insensato en lo más dulce y en lo más íntimo de mis ideas: ¡Tus ojos negros! ¡Tus ojos negros!

RICARDO CASTELLVET





¡Y que haya consentido Alfredo que me aburra sola!

# Diario de una casada

(Conclusión.)

Noviembre, 24. — Han transcurrido veinte y cuatro horas; me encuentro en mi gabinetito, sola, con la lámpara encendida, escuchando el lento, monótono caer de la lluvia, como la escuchaba también ayer, á esta misma hora. Hágome por momentos la ilusión de que no ha pasado nada; de que despierto de una dolorosa pesadilla, de un sueño largo, turbado por desoladoras imágenes. Siento en el cerebro como un vacío indefinible, y en todos los miembros de mi cuerpo una prostración intensa.

¿Qué ha pasado desde anoche?... Gradualmente, haciendo un penoso esfuerzo, consigo hilvanar mis ideas entremezcladas y confusas, reconstruir en mi mente todas, unas tras otras, las escenas que se han sucedido desde que Paca vino á buscarme.

Recuerdo primeramente nuestra precipitada carrera por las calles en medio de un aguacero que golpeaba furiosamente en la cubierta y en los cristales del carruaje. Este se detuvo no sé donde: guiada, por Linares que iba delante subimos Paca y yo una escalera tortuosa, apenas iluminada por una débil luz, cuyo pasamanos pringoso y húmedo se pegaba á los dedos. No me explico como mi pensamiento tan hondamente conturbado retenía estos detalles, que se me presentan de nuevo con singular relieve. En un rellano se paró para dejarnos pasar una mujer gorda, muy gorda, que llevaba un chiquillo en brazos.

Llamamos á una puerta y abrió un muchacho de fisonomía contristada, que nos hizo pasar á una pequeña pieza, muy sencillamente amueblada: un sofá de regio azul usado y cuatro sillas. Paca se sentó á un

lado cogiéndome la mano, apretándola cariñosamente y en aquel momento me senti ya incapaz de retenerme y tuve que morder el pañuelo para sofocar mis sollozos.

—Un poco de valor, hija mia... — me dijo Paca al oído.

—¡Por Dios, Consuelo!... serenidad... —murmuró Linares.

Salió de la estancia, permaneció algunos minutos fuera y volvió á entrar para decirme:

—¿Quiere usted entrar ahora?

Me levanté de la silla con las piernas flojeando, me enjuagué maquinalmente, rápidamente los ojos y después de cruzar un corredor oscuro entré en un cuarto en donde reinaba la vieja claridad de una lámpara colocada sobre una cómoda.

Mi vista empañada no distinguió casi nada en los primeros instantes. Luego vi en el fondo del aposento como una gran mancha blanca hacia la cual me condujo suavemente la mano de Linares.

—Amigo Fernando, ahí tienes á Consuelito y á Paca que han querido venir conmigo para hacerte una visita.

—Gracias... gracias... — profirió un acento tenue, apagado, que me hizo el efecto de venir ya de otro mundo.

¿Cómo expresar la sensación experimen-



Reulinger.

Ideal que huye.

tada a escuchar esa voz?... sin vacilar ya, henchido el corazón de piedad y de ternura, me acerqué al lecho y cogí una de las manos de Fernando: una mano de esqueleto por lo descarnada, sudorosa y fría. Oprimió él mis dedos débilmente é hizo un esfuerzo, esfuerzo que adiviné más que senti, para llevar mi mano á sus labios, pero no pudo y la suya cayó inerte sobre la cubierta de la cama.

Me incliné sobre la almohada y distinguí su pobre faz demacrada, terrosa, en la que brillaba la amortiguada luz de sus ojos: una sonrisa, sonrisa extraña cual nunca había visto en un rostro humano, sonrisa expresando á un tiempo el gozo y el sufrimiento, entreabría sus labios.

—De seguro que no esperaba usted la visita de dos señoras ¿verdad? — exclamó Paca procurando dar á sus palabras una entonación jovial — he aquí las ventajas que ofrece el estar enfermo.

—Y enfermo más que de otra cosa, de aprensión... —añadió Linares esforzándose en reír — pues ¡claro! lo que quiere el señorito es que le mimen.

Hizo un leve gesto indefinible de ironía Fernando al oír esto, pero sin apartar de mí sus ojos y su sonrisa.

— ¿Sufre usted mucho?... ¿sufres mucho? — balbuceé bajando más mi cabeza cerca de la suya.

— No... nada... al contrario... me siento bien y... soy muy feliz... mucho.

Pronunciaba con sumo esfuerzo; su voz llegaba á mis oídos como un eco lejano y sentí en mi alma la convicción de que aquel acento hablando de felicidad me hablaba ya desde un mundo distinto.

— Cállate... no hables que te cansas... — dije estrechando su mano que me parecía cada vez más helada.

También su tenue y fatigosa respiración se debilitaba: hubo un momento en que creí no oír nada; nada absolutamente; su mirada había perdido toda claridad. Linares se inclinó, examinóle atentamente, durante unos segundos; pero Fernando hizo un pequeño movimiento y en sus mortecinas pupilas vislumbré un ligero destello. Estaba entonces mi



Vergonzosa.

cabeza tan cerca de la suya que oí perfectamente estas palabras, salidas de su boca como un soplo:

—¿Rezarás por mí?... nunca he amado á otra mujer... más que á ti.

—Ni yo tampoco á otro hombre que tú... — dijeron mis labios, posándose sobre su frente.

Sonrió de nuevo... y la sonrisa quedó inmobilizada con extraña fijeza: le estuve mirando durante un largo espacio de tiempo hasta que un brazo rodeando mi cintura me separó de la cama; mis dedos se desprendieron de los dedos inertes que no respondían á mi presión y oí la voz alterada de Paca diciéndome:

—Vamos, hija mía, vámonos... todo ha concluído.

Sin fuerzas para resistir, me dejé llevar, ahogando mi llanto, repitiendo en mi mente la frase de Paca:

—¡Es verdad, es verdad... Todo ha concluído... ¡para él y para mí!

Por la copia, JUAN BUSCÓN



La paloma de la dicha

En tiempos de la infancia,  
que nunca olvido;  
en esa edad tan bella,  
por eso breve,  
vi que junto á mi casa  
fabricó el nido  
una paloma blanca  
como la nieve.

Como si la paloma  
se complaciera  
en ser hermoso símbolo  
de mi ventura,  
me brindó mil delicias,  
y placentera  
tras de aquéllas mi alma  
fué con locura.

Ella fué, siendo niño  
mi tierna hermana;  
endulzó con halagos  
mis alegrías;  
ella arrulló mis sueños,  
y á mi ventana  
bajaba para verme  
todos los días.



Y aquella palomita,  
que quiso el cielo  
fuese la mensajera  
de mi ventura,  
cuando murió mi infancia  
tendió su vuelo  
y fué á velar por siempre  
la sepultura.

¿Por qué será la dicha  
tan pasajera?  
Apenas acaricia  
los corazones  
huye como fortuna  
loca y ligera,  
llevándose del alma  
las ilusiones.

Desde que huyó, apenado  
lloro su ausencia,  
y en vano porque vuelva  
mi boca grita:  
¡Desde los dulces tiempos  
de mi inocencia  
á verme no ha venido  
la palomita!

José ORTIZ DE PINEDO

Concha Martínez (Fot. Esplugas).

Julia Gómez (Fot. Audouard).

José Riquelme (Fot. Audouard).

Elena Salvador (Fot. Audouard).

## El caso de Gómez

Como era jefe de vasto departamento y tenía bajo su férula un enjambre de burócratas que en tiempo de guerra hubieran podido constituir un ejército temible, era lógico que recibiera muestras de sumisión y respeto rayanas, en servilismo. A granel, á modo de moscas que lucharan por lamer, unas con antelación á otras, sabrosa confitura, toda la turba defendía aisladamente, ser á ser, el productivo derecho de arrastrarse á los pies de aquel Júpiter de los expedientes, siempre altivo, siempre encampanado; perennemente subido sobre aéreo pedestal formado con materiales de soberbia.

Bueno es advertir que aquel Gómez, elevado hasta ministro por absurdos del destino y ductibilidades de la columna vertebral, á pesar de la vulgaridad del patronímico, si se ofrecía altanero y presuntuoso en su despacho era sólo por la creencia en que vivía de que no de otro modo lograría de sus subordinados consideración, honra y respeto: como amigo era un bendito de Dios; como monarca de la familia un santo, bendito de Dios tres ó cuatro veces; en manos de los íntimos era el tal pasta flora, dócil á todos los estrujones y modelados, y en el seno del hogar no pudo encontrarse varón más campechano y dulce. Sus hijos tirábanle fuertemente de las barbas, hacían de sus piernas cabalgadura, saqueaban encantadoramente su bolsillo, y su Benjamín, niño de un lustro escaso, muchas veces metióle los dedos por los ojos, para *coger* su carita sonrosada reflejada en la lente de las pupilas paternas.

La carátula aquella de seriedad no la ponía Gómez sobre su rostro hasta que, después de tomado el chocolate matutino, le anunciaba el criado que el coche esperaba á la puerta para conducirle al ministerio que rejía, y no se la quitaba sinó cuando, jadeante y sudoroso por las horas pasadas con el carácter transformado y el genio *invertido*, retornaba al ansiado domicilio donde se podía regalar expansión á los músculos y á los sentimientos: independencia para el espíritu y dinámica para el cuerpo.

Gómez, y eso era consecuencia de su teoría,

trataba duramente á toda aquella gran masa colocada uno ó varios peldaños inferiores á él en la escala de la empleomanía: las filípicas y los denuestos por el motivo más pueril é insubstancial eran periódicos y aun llegó, en ocasiones, á prodigar insultos á los subalternos, ofensas y humillaciones que engendraban en el pecho de los mancillados el veneno de la ira, más de temer cuanto más reconcentrado é impotente. En una etapa de varios años —conste así para gloria de su majestad el estómago— no hubo ni uno de aquellos hombres que, espoleado por una legítima dignidad y olvidando necesidades de la flaca materia, le contestara como se merecía, enseñándole de paso, que ninguna ley consiente como medio de reprensión la frase que punza en el alma, ni el verbo que aja la honra.

Ese *uno* que la Moral eterna reclamaba, salió de las más ínfimas capas sociales.

Si hubiera sido un alto empleado, la acción tuviera menos mérito porque el riesgo fuera menor; pero siendo, como era, un *colilla*, vestido de insignificancia y criado en atmósfera de hambre, su conducta extrañó sobremanera y de dientes adentro fué aplaudida por muchos, muchos que al salir él —porque andaba por allí cerca el jefe— no tuvieron más remedio que gritar: — ¡Vanidoso!...

Y no se les cayó la lengua.

\*\*\*

La escena, punto más punto menos, fué así:

Gómez.—Oiga usted, señor *escribientucho* ¿ha sido usted el que ha escrito esta barbaridad? (Y le tiró á las narices un expediente muy voluminoso.)

El *colilla*.—(Cogiendo el expediente del suelo, y examinándolo breves momentos.)— Sí, señor: yo mismo.

Gómez.—¿Y quién le ha inspirado tanta necedad como hay en ese *dado cuenta*?

El *colilla*.—La ley y mi modesto criterio; un criterio de siete mil reales.

Gómez.—Todavía se viene usted con guasitas ¿eh? Ahora mismo coja usted ese expediente y vuelva el *dado cuenta* del revés, proponiendo lo que se ha propuesto en otros casos.

El *colilla*.—Me permitirá usted que me niegue á ello: yo nunca voy contra la ley ni contra mi conciencia. Lo que se ha propuesto en otros casos si á alguien ha podido favorecer, ha perjudicado intereses respetables... En fin, que yo no vuelvo del revés el *dado cuenta*.

Entonces Gómez se desató en improprios é insultos, verdaderos insultos, contra el *escribientucho*, poniéndole de la cabeza á los pies como no digan dueñas.

Que tal sería ello que el *colilla*, á quien todo el departamento tenía en opinión de malva, modoso y sufrido, incapaz de ofender á una mosca como no le picara mucho, llegó á decir al gran Gómez, en un mal reprimido arrebató de cólera.

— ¡Suplico á V. E. que se calle, porque no estoy dispuesto á tolerar lo que otros muchos han permitido; que se me infame á mansalva!...

Vió el jefe la cosa turbia y se cosió la boca.

Y si el *colilla* no fué dejado



Mademoiselle Niche amaestrando su caballo.



Tentación de lo desconocido.

cesante, agradecerlo debió al buen nombre de inteligente y laborioso que tenía en la oficina y á alguna recomendación oportuna de peso: los empleados, sus compañeros, pidieron á porfía que el digno funcionario continuara á su lado. Su negociado era árduo y todos rehuían su despacho, haciendo de paso una obra de caridad. Como otras veces, la filantropía no era más que una escuela del egoísmo.

Pasó tiempo; un gabinete dejó el puesto á otro, y Gómez tuvo que presentar la dimisión antes de que le declararan cesante.

Y como su cuerpo no andaba muy sano con el tráfigo de idas y venidas, conferencias y conciliábulos, ni el hígado podía contener más bilis, Gómez dijo á sus innumerables subalternos, la víspera del día en que entregó á su sucesor el rendaje del Ministerio, que pensaba marcharse por una temporada á la provincia donde nació, con objeto de tomar unos baños muy indicados para las afecciones de aquella víscera.

Los empleados, que aspiraban todavía el aroma de soberbia y atrabiliarismo que de Gómez emanaba, no se acordaron de que estaba cesante y quisieron disfrazar lo que no era más que rendido vasallaje con el antifaz de una viva simpatía. Porque en el fondo, la rabia aquella, metida dentro del pecho y convertida en tendones, músculos y sangre, aquella era la misma. Acordaron acompañarle en el ferrocarril, con una murga por más señas, hasta el pueblo de término.

A la mañana siguiente estaban en la estación todos, todos; ni el *colilla* faltaba.

Arrancó el tren y Gómez, muy comunicativo y locuaz, sin careta, no sintiéndose jefe, dió conversación en grande á todos, repartió algunos veguereros y hasta les regaló el oído con palabras dulces que los inferiores nunca habían oído en sus labios. Esto le vendió.

Al llegar á la estación de... mucho antes de llegar á aquella en que Gómez había de *ternarse*, el tren en que iban cruzaba con el de la línea de Portugal, que se dirigía á Madrid.

Los subalternos, que ya habían hablado en voz baja, como

conspiradores que cambiaran impresiones, pretextando tomar un refresco bajaron al andén. Como quisiera acompañarles Gómez, ellos no se lo permitieron.

«Nunca; estaba muy grueso, podía perder el tren, le robarían las maletas que llevaba en el vagón. Vaya, que no se lo permitían en modo alguno.» El sonrió como una madre cariñosa á quien cuenta calaveradas su niño. «Bueno; se quedaría allí solo: él era un vejestorio y no debía moverse.»

Pero los empleados tardaban mucho y el buen Gómez empezaba á impacientarse.

Quiso bajar cuando un empleado llamó á los viajeros al tren, y desistió en seguida.

A poco el de la línea de Portugal, en dirección contraria al en que iba el ex ministro pasó, majestuoso y grave, por delante de la ventanilla á que aquél se asomara. Iba primero la locomotora,

*La Saeta*

murmurando hosca y vomitando humo; luego el tender, el furgón de cabeza, los vagones. En uno de estos asomaban por las ventanas muchas cabezas conocidas.

—Adiós, señor Gómez — dijeron los empleados sardónicamente, risa mezclada con odio — adiós, el que fué nuestro hinchado jefe: nos vamos á Madrid y que hasta la aldea le acompañe su abuelita.

Todos al unísono unieron las manos extendidas y colocándolas sobre los narices, hicieron una de las manifestaciones más primitivas que de la burla se conocen.

Desapareció el ferrocarril.

Zaherido por la sangrienta broma, embutida la cabeza contra los almohadones del coche, Gómez lloraba sordamente lágrimas que merecían ser de sangre.

De uno de los ángulos del vagón surgió entonces una figurilla enteca, de hombre *lacónico*, que se dirigió á Gómez y le dijo con acento bondadoso y humilde:

—El *escribientucho*, el *colilla*, no va nunca contra la ley ni contra su conciencia; pero es el único de sus subalternos que ahora, cuando está usted caído y todos le vuelven la espalda le acompaña solícito hasta el hogar de sus afanes...

MARTÍN DE LA CAMARA



¡ Y él no sabe qué terribles armas son el abanico y la sombrilla



- Te felicito, Julia, por la conferencia de tu marido proclamando el amor libre.  
— No estoy de enhorabuena, porque él habla del amor á las otras, no del amor á los otros.

## La divina Towa

Towa no se movió cuando le anunciaron la visita de sus compañeras de colegio, Nama y Roustka. No hizo sinó cambiar de postura, tomando la más indolente que le permitían sus perezosos nervios; reclinada sobre la perezosa de verano, y con los pies apoyados en coquetón taburete, dió las buenas tardes sin otro movimiento de cortesía que una leve inclinación de cabeza, y recibió y devolvió los besos que á guisa de saludo se le prodigaban.

—Pero, hija, no sales; no se te ve... ¿es cierto lo que se nos ha dicho?

Towa sonrió, acompañando á la sonrisa el ruego de que se sentasen. Nama y Roustka devolvieron expresivamente los ademanes de complacencia.

—Yo os diré... yo os diré...

—¿Pero es posible que ese hombre haya sido tan malo?

En los ojos de Towa brilló una mirada intensa, relampageante; pero tan viva, que sólo duró breves segundos; diríase que era un mundo que se encendía y apagaba casi al mismo tiempo en la inmensidad.

—¡Pseh! — murmuró jugando caprichosamente con los pliegues de su falda. — ¿Con que la gente se figura...?

—No se explica lo ocurrido, es claro; figúrate nosotras que tan bien te conocemos y tanto te adoramos...

—¿Dudaríais, no es así? — y poco le faltaba para incorporarse al pronunciar estas palabras irónicas en actitud de reto.

—Tú lo has dicho.

—¿Que yo he dicho... yo? Pues mira, Nama, sábetelo que si sospechara en mí tan bajos sentimientos me arracaría el corazón, aunque fuese clavando las uñas en la carne.

—No hay para tanto — objetó Roustka.

—¿Que nó? No lo sabes, amiga; habéis tenido la bondad de comunicarme un hecho triste, por espíritu de disputa, de rencor, de odio: ¡que os lo pague Dios! Pero eso no impedirá que yo os quiera y os haga los honores de la casa. Entre tanto, sabed que Luiggi no me ha abandonado.

—¡Ah, picarona! ¿Os amáis en secreto?

—No sé si él continúa queriéndome; acaso sí: yo no podré olvidarle nunca; pero tened en cuenta que hemos roto todo género de relaciones; que he sido yo quien le ha obligado á caer en la sima de la más grande de las desesperaciones.

—¿Tú?

—Yo, sí.

Towa hizo un verdadero esfuerzo de voluntad para que jugasen sus músculos rebeldes, y se irguió en actitud de diosa.

—Yo, repito; el médico me aseguró que convendría que Luiggi conservase su juventud y su pureza: que sufriese un desengaño horrible, para que su espíritu resucitara dominando en absoluto á la carne: que sacrificara al hombre para levantar á las más sublimes alturas al artista. Luiggi no se entregará nunca á mujer alguna, y alimentándose en la propia entraña del dolor, cruzará por la tierra fecundándola como hijo que es de los dioses.

La divina Towa se dejó caer en la perezosa, sollozando, y murmuró:

—Y eso lo hice porque sé amar, porque le adoro locamente.

CLAK



## A m e m o s

Dicen que dicen... que el amor es humo,  
fatal engendro de la mente loca:  
que causa risa la pasión sublime,  
cuentan que cuentan.

Dicen que dicen... que el amor no mata,  
que son sus penas y sus goces sueño,  
y que del alma á la pasión más pura  
ríndela el oro.

Cuentan que cuentan... que el afecto santo,  
tierno, jamás en la mujer anida,  
pues en su pecho cual tirano reina  
loco capricho.

Que no es un ángel la mujer: — «¿Un ángel,  
» ángel que siente sensaciones locas?  
» ¡Si es un compuesto de materia impural...  
dicen que dicen.

Y porque un día defendí su causa  
y á amor un himno recité ardoroso,  
cuentan que cuentan... que si soy un triste,  
triste romántico.

Mas yo me río de opiniones necias,  
del vulgo hablillas que arrebatara el viento;  
que viven sólo en corazón menguado,  
digo que digo

¡Y á mí me cuentan que el amor no existe!  
¡que no es un ángel la mujer! ¡impuros!  
¡pues no nacisteis de mujer, sacrílegos?  
¿Qué es vuestra madre?

Yo sé que impura la materia vence,  
si sordas rujen las pasiones viles;  
sé que hay mujeres que en el cieno marcan  
senda insondable.

Sé que no tiene la virtud un solio  
en cada pecho de la humana extirpe;  
sé que al cariño immaculado ofende  
cínico inmundo.

Sé que es difícil encontrar al ángel,  
pero es el hombre quien manchó sus alas;  
¿no puedo acaso piadoso créerlo  
ángel caído?

Dicen que dicen... que el amor es humo.  
¡Yo no comprendo sin amor la vida!  
negad también, si amor negáis, el alma:  
Dios es un mito.

Cuentan que cuentan... que si soy romántico:  
dejad que digan con sus cuentos torpes,  
seguid gozando, como yo, de puras,  
dulces caricias.

Y cuando en nieve los cabellos luzcan,  
si aun por cariño el corazón alienta,  
á vuestros nietos enseñad la historia:  
«Dicen que dicen...»

JORGE RICO



## Los borrachos

(Conferencia.)

Eso del vino tiene la gracia de Dios.  
Y porque la tiene digo que es de todo punto imprescindible saber beberlo.

Con franqueza, señores; yo he leído y repasado el nuevo plan de enseñanza, y aseguro que lo encuentro deficiente.

Falta una asignatura, esta: «De los borrachos».

Y... ¿á que oigo gritos de indignación, palabras insultantes y apóstrofes estúpidos? ¿A qué se encogen despreciativamente de hombros los de aquí, y me miran con sonrisa burlona los de allá?

Pues yo contesto á todos, altos y bajos, ricos y pobres, orgullosos y humildes con las palabras de Jesús: «devante el dedo quien de pecado se halle libre».

¿Será el aristócrata? ¡Ah, señores! (como dicen los diputados de la mayoría cuando hacen pinitos) el caballero que viste *macferland*, guante blanco, bota charolada, y sombrero de tres pisos, no es menos aficionado al mosto que el más vulgar remendón, maestro en obra prima.

Se distinguen en la borrachera como en todo por el número, por la unidad monetaria (que no es tal una), y consiguientemente por la *potencia propinqua* para el acto majestuoso de descorchar botellas trasegando el vino. El aristócrata bebe manzanilla (hablo nacionalmente, porque quiero distinguirme de los patriotas falsos, que son en esta ocasión los más) y el zapatero bebe peleón.

El uno cuenta ó debe por el tipo oro; el otro por el tipo cobre.

Pero la igualdad está en el resultado: en las *eses*.

Mírese al caballero: el sombrero de copa no le salva; la ley inexorable de las curvas le somete al traspies como si hubiera acompañado al tipo del mandil en sus *lucubraciones carioquinético-moriológicas tabernarias*.

Uno ostenta la prenda del vago, el otro la del trabajador: ruego á ustedes, que se fijen en esta idea; pero en cambio, las guías del bigote son las mismas; caídas, sucias: la posición una: *tembleque* por las rodillas.

Es cierto que el remendón va á la taberna para *empalmarla*, y no es menos seguro que el señorito se conforma con no salir á la calle. — Hablo de la alta aristocracia, y de la otra, de la ruín. — Aquel empuña un bastón, éste una botella.

Pero como en este mundo todo anda sujeto á compensaciones, el bastón se dobla y la botella nó, y



en esto hay su filosofía: el bastón es flexible, la botella es dura: quiere decirse que el señor necesita apoyo y el zapatero sigue sin él, y quiere decirse también que el bastón se dobla sintiendo la pesadumbre de la alta personalidad que nunca debiera dar tan tristes ejemplos á los que se hallan en esferas más tristes, por su educación y por su dinero. — Y conste que hablo de países en que lo mismo bebe el plebeyo que el aristócrata, notándose que donde el último no abusa no repiten los otros el espectáculo.

Decía antes, señores, ¡ah, señores! que hablaba de la alta aristocracia.

Porque conviene hacer constar que hay señoritos y señoritos.

Sin subir á las más altas capas sociales, tropezamos con gente acomodada, ó con muchachos que visten bien, y que son fervidos adoradores de Baco.

Son estos de dos clases: una: la de los *moriólogos*. (Esta palabra que repito, no está en el diccionario,

pero es porque el de Cheste no tiene cuenta corriente con las ciencias naturales), otra la de los tabernarios. A los señoritos de cierta educación les da por las manías oratorias, y les pronuncian á ustedes cada discurso que tumba de espaldas.

Lo único que he notado es que se distingue del aristócrata y del maestro en obra prima por las maneras.

La corbata sigue la misma evolución.

Sólo que la tal prenda, en lugar de ostentarse sobre la ilustre y bien planchada pechera, luce como una mancha que hubiera caído encima de un borrón de tinta negra.

Este señorito no posee tampoco el secreto de emborracharse, porque no conserva la dignidad en el pelo ni en el sombrero: todo en él acusa al hombre bebido.

Eso sí, es el más inofensivo de todos, aunque también el ente más ridículo y cansado, pues le da por figurar en la dialéctica como una especie de Castelar con tropezones.

El otro señorito, es el que está acostumbrado á la mala vida, á la vida airada; el que ha perdido toda vergüenza tratándose con *chulos*, *manolas* y demás gentuza del ampa; el *ambiguo* propiamente hablando, pues no tiene clasificación en ninguna de las capas sociales de nuestro país.

Es más temible que el *chulo*, con exactitud dicho, porque éste, según su historia ó no da cuando amenaza, ó se manifiesta tan abiertamente que deja tiempo para que no nos salga cara la torpeza de habernos inclinado á su compañía.

Pero el señorito en cuestión, engaña, y hasta tal punto, que cuando menos se lo figura uno, como está borracho, en vez de apoyarse sobre un bastón como el aristócrata, apoya la flaqueza de su cerebro esgrimiendo una navaja de albacete.

Cierto: resulta el más estúpido de todos los borrachos.





Dicho se está, señores ¡ah, señores! que yo me declaro enemigo de los borrachos.

Sólo admito una excepción: la del marino que hace esas: ¡es tan justo que el que pasa días y días tragando agua (sinó positivamente merced á un naufragio, en imagen), el hastío del agua, busque por compensación la borrachera del mostol!

Se trata, indudablemente, de una cuestión de equilibrio.

Y noten ustedes, que no es este borracho tan molesto como los otros.

El aristócrata, el zapatero, el señorito orador, y el señorito chulo, no justifican su estado de ánimo; el marinero sí; aquellos pasan muchos días variados; el último se ve en la necesidad de romper la monotonía de su existencia.

Y ahora, para dar algún fin práctico á mi discurso y para que no me tengan ustedes por tan loco como los tipos que acabo de presentarles, conste que odio el vino, aun cuando creo que el zumo de nuestras cepas ha resuelto el problema de los alquimistas, el de encerrar los rayos del sol; y que echo de menos la asignatura de los borrachos, porque... porque, francamente, la costumbre de beber, como la costumbre de



ir á los toros, es de las que más se oponen á nuestra cultura y á nuestra regeneración. A nosotros nos ocurre como aquel beodo del cuento, que para coger su sombrero tenía que agarrarse á un árbol; pero su brazo no llegaba al alcance de su ideal.

Y no llegaba, porque había perdido el centro de gravedad, y por tanto, tan pronto como pretendía dar un paso tropezaba; perdido el equilibrio, para no caerse veíase impulsado á buscar el sostén correspondiente, y no daba de bruces porque á toda costa quería apoderarse del sombrero: deseo que obraba como obsesión en su cerebro, más poderosa que la que ejercían los vapores del vino.

Así ocurre, bien meditado el asunto, dentro de nuestro carácter respecto de todas las cosas. No es, precisamente que nos embriague la manzanilla, el moscatel, el priorato, el zu-



mo, en resolución: el sol calienta tanto y en tal forma, que basta su influjo, para que en el orden moral demos los traspies que damos.

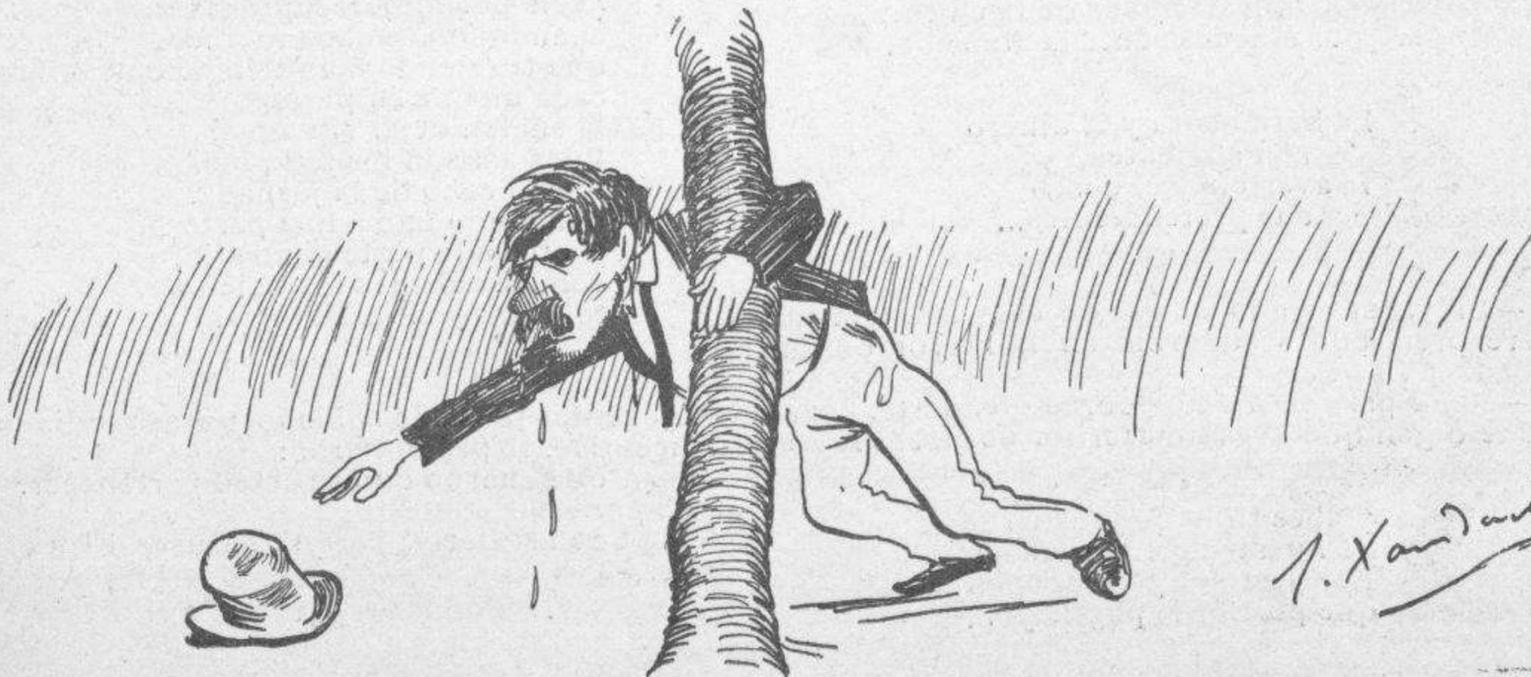
Y naturalmente, ocurre que el ideal se halla siempre lejos y que es preciso que nos apoyemos, porque perdida la gravedad no nos queda otro recurso que ampararnos como el borracho del cuento del primer árbol que surge en nuestro camino.

Lo único malo para nosotros es que no resulta igual tendernos directamente sobre el sombrero á tener que dar una vuelta, desequilibrando la pujanza de nuestros miembros.

Porque señores ¡ah! señores, pasa que perdemos lastimosamente el tiempo y no medimos bien el espacio que nos separa del fin á que nos proponemos llegar. — He dicho.

Tomado taquigráficamente, por

CLAUDIO UGENA





## AVISO IMPORTANTE

Las tapas correspondientes á los tomos de LA SAETA, forman una cubierta elegantísima.

Advertimos á todos los coleccionistas, que resulta así un libro hermoso que puede figurar, no sólo en las bibliotecas, sino sobre las mesillas de las salas.

Las tapas, para las cuales hemos hecho grabar unas planchas expreso, están tiradas en negro y oro. El dibujo alegórico es de gusto inmejorable.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cts. Provincias, 3 ptas.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico.

Hemos recibido la visita de la importante revista *Mercedes Ilustrada*, que se publica en la República del Uruguay.

Su director, el señor Blanch y Codoñer, ha conseguido ofrecer á las letras un valioso elemento más para las manifestaciones de la cultura.

Agradecemos sinceramente la atención.

La hermosura y el dinero  
son alicientes,  
la avaricia y el deseo  
sus pretendientes...

—Si va subiendo el gas de esta manera, me veré precisado á sumirme en la mayor obscuridad.

—Mejor para ti. Así no podrás ofenderte, cuando te digan que eres un escritor de pocas luces.

¿Sabes tú lo que recuerdo  
de nuestro primer amor?  
Los pasteles y bombones  
que por tonto pagué yo...

Pidiendo colocación:

—¿Supongo que sabrá usted escribir correctamente?

—Pues verá usted: no se lo aseguro, porque como hace tres días que no he dormido...

Se hablaba de los negros.  
—Créanlo ustedes; viven muy bien y los tratan con dulzura.

—¿Con dulzura? ¡A palos!

—Pero los pegan con cañas... de azúcar.

Dos alumnos de Baco esperaban á la puerta de un templo la hora de que empezara el sermón.

—Mira Colás,—dijo uno de ellos,—mientras viene el señor cura podemos ir á la taberna á echar un medio.

—Vamos.

—Colás, ha pasado media hora y todavía no ha venido. ¿Quieres que echemos otro medio?

—Vamos.

—¿Ves lo que te dije, Colás? Hemos vuelto y están todavía en la misa. Podíamos echar el tercero.

Y así sucesivamente.

Siempre que va á paseo doña Bruna, se ha de encontrar dinero, ¡qué fortuna! y su esposo la dice con frecuencia:  
—Hija, sal un ratito. ¡Qué inocencia!

—Alfredo, ya sabes que te destino á la magistratura.

—Papá, después de haber hecho gimnasia en el colegio, yo quisiera ser clown.

¿Veis dos mujeres que lavan cuando una sábana tuercen, que torciendo á un tiempo entrambas cada una de su parte la suelen dejar sin agua? Pues así son los letrados, que al cabo de la jornada, ayudando uno á una parte y otro á la parte contraria, como á sábanas los dejan torcidas y sin sustancia.

Al sentar plaza de soldado un aprendiz de farmacéutico, le preguntaron:

—¿A qué cuerpo quiere usted pertenecer?

El aprendiz contestó:

—Al de artillería, porque sé usar bien el mortero.

A...

Hablando tiernamente, me decías  
con besos de pasión  
—Jamás de otro, seré, yo te lo juro  
no dudes de mi amor.

Y hoy ¡impúdica! con cinismo dices  
sin pizca de vergüenza ni pudor,  
—No te quejes, ya ves, no siendo tuya,  
soy del mejor postor.

MORENO

CHARADAS

I

Si buena *prima segunda*  
tiene el *Todo* que has de darme,  
verás que *tercera cuarta*  
como entero, sin cansarme.

II

Corta *primera segunda*,  
apellido *dos y tres*,  
es una tela *dos cuatro*  
y mi *Todo* un nombre es.

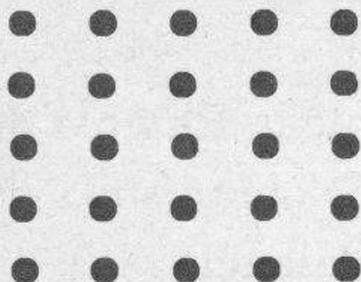
LUIS LÓPEZ DE LOME.

III

Desde mi *Todo* veo la *primera*  
que es muy *segunda tercera*.

ANTONIO ARROYO.

Cuadrado



Substituir los puntos por letras, de forma que  
vertical y horizontalmente, se lea: 1.<sup>a</sup>, Verbo; se-  
gunda, personaje mitológico; 3.<sup>a</sup>, parte del cuer-  
po; 4.<sup>a</sup>, tiempo de verbo y 5.<sup>a</sup>, Verbo.

JOSÉ CARDIELLO.

Rombo logográfico

A B R I L  
5 1 3 2 2

Con las procedentes letras, empleadas tantas  
veces como indica la cifra que hay debajo de cada  
una de ellas, formar un rombo, cuyos significa-  
dos sean: 1.<sup>a</sup> línea, vertical y horizontalmente,  
consonante; 2.<sup>a</sup>, en los ríos; 3.<sup>a</sup>, Signo del Zodiá-  
co, 4.<sup>a</sup>, en los altares; y 5.<sup>a</sup>, vocal.

K. MARÁ.

Triple cruz



Substituir las estrellas por letras, de forma que  
vertical y horizontalmente se lean: 1.<sup>a</sup> periódico  
ilustrado; 2.<sup>a</sup> propio para las señoras, y 3.<sup>a</sup> asun-  
to judicial.

VICENTE M. JUSTEL.

Charada acróstica

1.<sup>a</sup> Número.  
2.<sup>a</sup> Nota musical.  
3.<sup>a</sup> Imperativo.  
4.<sup>a</sup> Tiempo de verbo.  
1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup> Calle de Barcelona.

CANDILEJA.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Látigo. — Café. — Prudencia.

ACERTIJO: S a g r a d a  
a g r a d a  
g r a d a  
r a d a  
a d a  
d a  
a

TERCIO SILÁBICO: CHA - LU - PA  
LU - NE - TA  
PA - TA - TA

TRIÁNGULO: J o s e f a  
o l i v a  
s i l a  
e v a  
f a  
a

CHARADA ACRÓSTICA: a - mo  
ne - ne  
mo - na  
a - na

Correspondencia

T. O. P. — ¿Y usted se figura que estoy ahora para  
enfrascarme en teorías tan abstrusas como esa que ex-  
pone acerca de si es ó no es cierto que Eva mordió la  
manzana?

Y vamos, si usted lo expusiera en forma amena y  
corriente, menos mal; pero me remite cuarenta pliegos,  
advirtiéndome que continuará estudiando el asunto, y me  
parece que la broma es muy pesada.

Mande el protocolo á la Academia de Ciencias.

G. D. — Castellón. — Utilizaré dos.

*Teódico*. — Supongamos que en efecto se dirige us-  
ted á una alta y noble señora de la sociedad, pues re-  
sulta que yo no puedo consentir, por fórmula de corte-  
sía, que usted se extralimite en sus galantes aprecia-  
ciones.

J. A. — No puede componerse en la imprenta, man-  
de otro más fácil.

L. N. U. — Bueno, aceptado.

Julia. — No está mal escrito, pero el final es poco  
agudo, corríjalo usted, señorita.

I. T. — Aprovecharé algunos.

*Mala sombra*. — ¡Y tan mala! Veámoslo:

Tiene mi niña Juana,  
los labios de coral,  
y yo salto por la ventana  
que da al corral  
para verla muy temprano por la mañana.

¿Le parece á usted que eso lo lee ningún cristiano  
sin reirse? Pues hasta en el pseudónimo ha errado usted.

A. A. M. — Málaga. — El triángulo, sí; la poesía al  
cesto.

*Abaceto*. — No sirve.

*Ele*. — Bonita letra. Añadiendo algunas más, resulta  
elefante; pero lo triste para usted viene á ser que se  
queda, cuando escribe en verso, un poco más reducido,  
al tamaño de una hormiga.

Quinteto. — No puedo servirle.

L. H. de J. — Tampoco.

T. N. P. — Pruebe á enmendarse y no digo que no.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . .	6 pesetas.
Año. . . . .	11 »
Extranjero y ultramar, un año. . . . .	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



# CUPON PRIMA

## Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

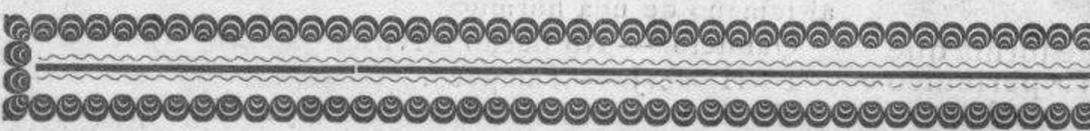
## == CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.  
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

## == EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de

MADRID  
CASA CUADRADO  
43 ANCHA ST BERNARDO 43  
TRAJES Y GABANES 20 Ptas  
DE 30 Ptas EN ADELANTE  
CAPAS AZULES Y VERDES  
DESTURBADAS DESDE 25 Ptas  
12,15,17 y 20 SUPERIORES  
A 10 PSETAS  
CAPAS



20 cénts.

Núm. 413

